Introducción a la Filosofía

Genara Castillo Córdova

San Miguel de Piura
2003

UNIVERSIDAD DE PIURA
FACULTAD DE CIENCIAS Y HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES

II. LA ADMIRACIÓN Y EL ENCUENTRO CON LA VERDAD

¿Dónde está la sabiduría?,
que se ha convertido en conocimiento,
¿Dónde está el conocimiento?,
que se ha convertido en información.
(T. S. Elliot)

1. El origen del filosofar: la admiración

Empezamos, viendo lo que es la filosofía partiendo de que es el amor o búsqueda de la SABIDURÍA. El saber filosófico es un saber eminente porque es un saber de causas últimas, a las que se accede por la luz natural de la razón. Pero, ¿cómo se puede acceder a ese saber?. Además, si un individuo jamás ha ejercido la filosofía, si no la conoce, ¿cómo la podrá amar?

Hemos dicho, en una primera aproximación, que la filosofía es amor, búsqueda del saber, y que éste es algo que normalmente todos deseamos poseer. De acuerdo con esto, **todos los seres humanos, somos en cierto modo filósofos**. Sin embargo, aunque tengamos esa posibilidad no siempre realizamos la actividad filosófica. **¿Cómo se inicia el saber filosófico?, ¿cuál es su punto de arranque o su origen?.**

Muchos de los grandes filósofos están de acuerdo en que el comienzo de la filosofía es la admiración. Todos ellos empezaron a hacer filosofía admirándose. Pero, ¿qué es la admiración?. Podemos decir, en primer lugar, que en cierta manera la admiración es una especie de deshabituación, un salir de lo acostumbrado.

a. La deshabituación.

De ordinario nos acostumbramos a ver la realidad como la vemos, estamos habituados a ella. Llegamos a este mundo prematuramente, después de los nueve meses de estar en el vientre materno; nos “vamos terminando de hacer”. Cuando venimos a esta realidad no somos ni siquiera conscientes de ello. De pequeños, se nos presenta el mundo progresivamente, gracias a nuestros padres y posteriormente a nuestros maestros, que son quienes "muestran" al recién llegado esta gran casa que es el universo, y nos vamos acostumbrando por ejemplo, a que aquella planta crece, a que aquel animal se comporta así, a que las personas hablan y hacen cosas. Evidentemente un niño pregunta, (¿por qué?)y a veces hasta el cansancio; pero se contenta pronto con las respuestas que recibe, porque su inteligencia aún no se ha desarrollado lo suficiente.

Pero, imaginémonos que venimos a este mundo, siendo mayores, como si de pronto despertáramos a una realidad extraña, y al abrir los ojos, veríamos algo a lo que no estamos habituados. La primera pregunta que seguramente afloraría a

nuestros labios sería: ¿dónde estoy?, ¿qué es todo esto? A veces, hay acontecimientos en nuestra vida que nos interpelan de modo radical, como por ejemplo, la muerte de un ser querido. Quizá sea entonces cuando el sujeto intente comprender la realidad de un modo más profundo y más propio.

b. El arte de saber preguntar

Decíamos que la admiración requiere una cierta deshabituación. Cuando uno se sale de los conocimientos habituales es porque éstos no le bastan para contestar sus interrogantes. Por ello, la deshabituación de la admiración requiere una actitud de serena insatisfacción. Según esto el filósofo es un insatisfecho, pero no en el sentido de desasosiego, sino de tener una gran capacidad de pregunta.

Es posible conformarnos con las respuestas elementales. Inclusive al filósofo se le plantea él ¿para qué más?. El podría responder: ¿Y por qué menos?. Según un filósofo clásico, Aristóteles, es indigno del ser humano no acceder a un conocimiento del que es capaz. Uno no puede instalarse en los conocimientos obtenidos. El verdadero filósofo no se instala jamás. La inquietud por la verdad ha prendido una vez en su interior y una vez que se ha gustado de la verdad no se la puede dejar ya nunca más.

Se suelen distinguir dos momentos en la admiración: uno que es el acto inicial de sorprenderse, acompañado ordinariamente de una conmoción sensible. Se trata de una situación en que se advierte que a uno le falta la comprensión de algo que nos admira y que no sabemos explicarnos. Nos damos cuenta que estamos frente a una realidad de la que no sabemos dar razón, de la que no podemos respondernos. Es un pugnar por penetrar la realidad y ver que no se nos entrega:¿qué es esto?¿Por qué?.

Muchas de estas preguntas se han hecho famosas a través del tiempo, por ejemplo: ¿por qué el ser y no más bien la nada?, ¿Por qué el cambio, el movimiento en la realidad?, ¿Por qué la multiplicidad y variabilidad de las cosas?, ¿Por qué el dinamismo intrínseco de un ser viviente?, ¿Por qué el ser humano no puede dejar de aspirar siempre a la felicidad?, ¿Por qué los amigos terminan siempre pareciéndose?, ¿Por qué el advenimiento de la muerte?, etc.

Como se podrá notar, una característica de todas esas grandes preguntas es que se refieren a lo que estamos tranquilamente acostumbrados, a lo que damos por hecho, a lo

que tomamos como evidencias, y de lo cual casi nadie se pregunta. De acuerdo con esto ya tenemos una pista para saber preguntar y es precisamente **preguntarnos sobre lo obvio**, sobre lo que transcurre nuestra vida y casi nadie se pregunta.

Otro elemento que nos ha legado la tradición socrática es el ejercicio de una **sana ironía**. Como se sabe, Sócrates y sus discípulos ejercían el arte de la pregunta en la ciudad, entrevistando a quienes se consideraban entendidos en su oficio, y cuestionándoles precisamente lo que ellos creían que sabían. Por ejemplo, si acudían a visitar a los artesanos, les preguntaban por su actividad. Es probable que el artesano respondiera de acuerdo al **cómo** de su arte, pero no supiera responder al **qué es**.

Igualmente sucedía con los poetas, al preguntarles ¿qué es la poesía? ellos podrían responder vagamente, o haciendo unos versos, pero en realidad no sabían decir qué era la poesía en cuanto tal. De la misma manera sucedía cuando preguntaban a los políticos sobre ¿qué era la política? Y ellos contestaban diciendo sus planteamientos políticos, pero no la esencia de la política. Evidentemente, este ejercicio es bastante delicado porque no todos buscan la verdad en lo que hacen, sino otros fines, y al hacerles ver la verdad pueden rechazarla, por razones de orgullo, amor propio, o malicia.

Al respecto y tomando la referencia de un filósofo contemporáneo, es conocida la anécdota de un examen que puso a los alumnos, con una sola pregunta: ¿por qué? (se preguntaba el porque de la existencia de la realidad) y que le puso la máxima calificación al alumno que le respondió: “y ¿Por qué no?”.

c. La docta ignorancia.

Según la tradición socrática, si se vive bien el momento de la deshabituación o el de la sana ironía se da lugar a la llamada docta ignorancia, que es tal porque todavía no ha alcanzado la verdad y es docta porque sabe que ignora, y por tanto ya sabe algo. En cambio, **el verdaderamente ignorante es aquel que no sabe que lo es.** La docta ignorancia es un saber que no se sabe y se expresa con la conocida máxima: "Sólo sé que nada sé".

Sin esa conciencia de que no se sabe, o de que se sabe muy poco, es imposible el filosofar. No hay nadie que dé un paso adelante y se ponga en movimiento en pos de algo que cree que ya posee de modo completo. Por ello, si alguien piensa que ya sabe cómo son las cosas, no se dispondrá a su búsqueda, ¿para qué va a tratar de conocer las cosas, si ya sabe como son?. Por esa

razón a la verdad hay que acercarse con la humildad de quien sabe que ignora muchas cosas, y por tanto se le acerca sin resabios. Se trata de una cierta ingenuidad, la de creer que es posible alcanzar la verdad, y que la aproximación a ella es paulatina y comporta mucho esfuerzo.

d. El descubrimiento de la verdad

Si uno afronta con sinceridad, a veces irónicamente, esa situación de ignorancia, de insuficiencia, entonces se da paso al segundo momento de la admiración: la búsqueda y el descubrimiento de la verdad. Habíamos dicho antes que la verdad es esquiva, que no se entrega fácilmente; por ello en este segundo momento se despliega todo el esfuerzo, se empeñan todas las energías, se afina el método necesario para medirse con aquella realidad, se ejecutan los actos intelectuales requeridos, apostando todo en favor del descubrimiento de la verdad, de su posesión.

Cuando por fin se ejercen los actos intelectuales que se corresponden con la realidad y se llega a alcanzar la verdad, entonces se produce la luz. A los intentos, a la lucha contra las dificultades, le sigue el gozo del encuentro con la verdad. A esto Sócrates le llamó "mayéutica": el arte de dar a luz; haciendo un símil respecto del oficio de su madre que era partera y que ayudaba a las madres a dar a la luz al niño.

En cierta manera ese encuentro con la verdad "marca" la vida del sujeto, que al encontrarla se embelesa con ella, la integra en su vida, la cual se ve, de esta manera, dichosamente enriquecida. Con aquella luz del intelecto se "ve más y mejor" la realidad, se la ve de un modo nuevo, distinto. Lo que se ha vivido antes de conocer la verdad y el futuro que se abre a partir de entonces es diferente. Si se tiene la inmensa fortuna de encontrarse con la verdad ésta es acogida con una intensidad sólo comparable a su búsqueda.

2. El ocio filosófico y la vida moderna.

Es evidente que plantearse en profundidad la verdad, requiere unas condiciones. Un pre requisito básico es un cierto **ocio**, es decir, hacer un paréntesis en la vida de negocio (no ocio) Normalmente la vida práctica puede absorbernos de tal modo que apenas tengamos tiempo para admirarnos, investigar y alcanzar la verdad.

En medio de la vida práctica no es posible la admiración, porque para pensar hay que detenerse. Por cierto, también la admiración puede darse respecto de los asuntos prácticos, tratando de profundizar en lo que de permanente hay en ellos, en las personas, en la sociedad, etc. Así por ejemplo, uno puede darse cuenta de que debe dirigir su acción de una determinada manera, de que en vez de hacer su acción de tal modo la tiene que hacer de tal otro, o que la tiene que dirigir a aquellas personas en lugar de estas otras, pero lo fundamental es preguntarse qué es la acción humana y a partir de ello se aprende a rectificar la acción. Otro ejemplo: uno puede estar ocupado en una actividad directiva, pero, en algún momento puede hacer un "alto" y preguntarse qué es dirigir, por que si no puede confundir la dirección con la gestión, y eso es un gran error por que se dirigen las personas, en cambio, se gestionan las cosas. Para "admirarse" hace falta "salir" de la actividad práctica, es decir, es preciso detenerse, pararse a pensar.

Actualmente, las condiciones no son favorables para la filosofía. El ambiente cultural en que vivimos no facilita el filosofar porque estamos en la época de la primacía de la acción práctica. Es ésta la época de la primacía de los resultados, y de acuerdo a ellos se mide el éxito o el fracaso de una persona. Hoy se valora más el hacer, el cual está en función del tener y el placer material. El hacer se pone entonces por encima del saber y éste lo es, si acaso, sólo en función del hacer, subordinado a él.

Es significativo que el héroe de antaño, al que se admiraba en las películas, haya sido sustituido en la actualidad por el manager, el cual es magnificado. El ídolo no es ahora el sabio, sino el hombre de acción, que baja de un avión para tomar enseguida otro, que atiende y maneja muchos negocios y asuntos, en medio de una vorágine caleidoscópica en que pararse a reflexionar es un lujo prohibido.

No es extraño que aquel ritmo lleve al estragamiento y al hastío. La nuestra es una época cansada, en la que pareciera que hemos dejado lo mejor de nuestras energías en aquella carrera sin aliento, íntimamente desgraciada, en la que nunca se posee lo que se busca, y que no es iluminante sino que al contrario, es oscura, no da un saber, no ilumina ni el qué, ni el por qué, ni el para qué más profundos; se trata de un vivir provisional porque cada resultado es impelido a ser superado en ese mismo momento.

Con todo, lo malo no son los resultados sino el buscarlos desasosegadamente de tal manera que impiden la contemplación intelectual. En cambio, con la teoría se tiene el gozo de poseer,

intelectualmente y de modo inmediato el objeto conocido. Por otra parte, el cansancio viene en razón de que aquellas certezas son efímeras, duran el tiempo justo para que el sujeto las constate, es un intento de autoafirmarse a sí mismo y de percibirse como existente (hago cosas, luego existo); pero al fin y al cabo esto lleva a un mecanicismo cada vez más inerte.

La técnica con toda su bondad nos ha puesto a la mano inmensidad de artefactos que cuando no se saben recibir nos llevan a "la cultura del botón" en la que estamos instalados, y detrás de ese botón hay tanto saber acumulado, que es preciso recorrer; pero que por comodidad no vemos sino que nos quedamos sólo los efectos, pero entonces surge irremediablemente el aburrimiento. Inclusive, la gente suele hablar de "no son importantes las ideas, sino él ponerle pies a las ideas", tendríamos que responder, que precisamente para ponerle pies a las ideas hay que tenerlas antes, de lo contrario no se sabe a qué se le va a poner pies.

Esta primacía del pragmatismo ha tenido su repercusión hasta en la institución a la que más genuinamente le corresponde el cultivo del saber: la universidad. Sin embargo, en muchos casos, ésta se ha convertido en una institución en la que su valor principal no es el saber y su comunicación, sino los valores económicos, y se ha reducido a vender (en este caso títulos), como en los grandes almacenes, sólo lo que demanda el cliente, que es el alumno; el cual sólo acude para adquirir un saber práctico, el título y nada más.

El hombre de hoy ha entronizado, pues, el hacer práctico y a él le entrega lo mejor de sí, haciéndose incapaz para un saber teórico profundo. Pero con ello no hace más que agravar las situaciones y los problemas, suscitar no soluciones profundas, potentes, sino pequeños "parches", que lo que hacen es generar efectos perversos y agravar la situación, porque la vida práctica sólo es posible de ser dirigida si es asistida por la vida teórica.

A veces un hombre de acción dice: "no me explique él por qué, dime qué hago". Parece increíble que alguien pueda estar dispuesto a hacer algo a ciegas, y sin embargo esto está sucediendo actualmente, a menudo no interesa por qué se hace algo, sino hacerlo, tanto es el poder de lo pragmático. Es también significativo que el hombre de acción no tenga reparos en confesar, hasta orgullosamente, que su médico le ha indicado descanso y cuidados; en cambio, por ejemplo, se puede sentir hasta culpable si yendo en su automóvil, hiciera un alto en el camino y se parase largamente a contemplar un paisaje. Esto le

puede parecer un lujo, o una debilidad, con lo cual pone de manifiesto su incapacidad para la contemplación.

Como es comprensible, gran parte de esa actitud se ha generado por la complejidad de los problemas que nos acechan que son muy difíciles y tan perentorios, tan urgentes, que parecen desbordarnos; y entonces se pierde la serenidad y se lanza uno desaforadamente a la acción, con la intención de solucionarlos. Sin embargo, precisamente porque se trata de acometer aquellos asuntos tan complejos, es necesario intentar soluciones que integren muchos aspectos, que sean muy profundas. Sólo en el nivel aquel de esa radicalidad se puede avizorar planteamientos potentes que puedan acometer la complejidad de aquellas situaciones que parecen desbordantes y que con las prisas nos encargamos de empeorarlas más todavía, porque se generan más problemas de los que se solucionan.

El ser humano ha inventado lo más alto para hacer frente a los problemas: la ciencia. Con ella se intenta afrontar las enfermedades (medicina), los recursos escasos (economía), la organización social (derecho y política), etc. En atención a ello, el profesional de las Ciencias Empresariales, o el de la Información, el abogado o el ejecutivo más ocupado, precisamente por tener que hacer frente a lo imprevisto, debieran salirse de aquella especie de "rueda de molino" de su actividad y pararse a pensar, aunque sean unas pocas horas el fin de semana, sobre qué, cómo y para qué está "moliendo" en realidad. Las prisas, los requerimientos de cada instante, pueden impedir la actividad filosófica. De suceder así podemos entrar en pérdida, porque sin vida teórica que ilumine, la vida práctica discurre como en medio de un gran apagón, minando la eficacia de la propia vida práctica.

A veces se ha pensado que lo más importante no es conocer las cosas sino transformarlas. Sin embargo, ¿cómo se puede transformar algo que no se conoce?. Para transformar cualquier cosa, lo primero que se necesita es saber cómo es, de lo contrario, se puede dar lugar a los llamados "efectos perversos", es decir consecuencias dañinas que no se habían previsto. De ahí que lo primero que se le pide a alguien que va a actuar es que sepa.

No es fácil el desprendimiento de las cosas urgentes, y sin embargo es la condición para filosofar. Para pensar es menester detenerse, "pararse". La admiración y el filosofar constituyen así una especie de privilegio en un ser humano. Pero también es un requerimiento de su naturaleza humana que es racional. No es humano vivir sin verdad. La ignorancia es un gran mal para el hombre.

Es posible, y con esto no intentamos justificar el activismo, que en situaciones de extrema urgencia haya que dejar el filosofar para dedicarse a lo que requiere nuestra atención de manera inmediata. Se suele decir: *primum vivere*, deinde filosfare (primero vivir, luego, filosofar); pero esto no quiere decir que por el hecho de vivir, se excluya a la filosofía definitivamente. Esta situación daría lugar al pro *vita, vita perdere*. Pero no podemos perder la vida precisamente por ella. Por otra parte, el saber, especialmente el filosófico (la theoría) es la forma más alta de vida.

Aún en situaciones límites, de grave necesidad debemos tratar de pensar, aunque sea después de que nos hemos visto obligados a actuar. Por ejemplo, en un país que se tenga una grave crisis económica, con una hiper inflación de tres dígitos, sin antecedentes, como alguna vez hemos tenido en nuestra patria, quizá entonces no haya más remedio, si se tienen responsabilidades políticas, que tomar medidas de urgencia sin mucho tiempo para pensar, en esas situaciones es peor no tomar una decisión que tomarla. Y sin embargo, no se puede dirigir un país así, sin pensar, durante 5 ó10 años.

Así mismo, no es verdad que necesariamente en los países en vías de desarrollo no pueda surgir la filosofía debido a que tengamos que abocarnos al desarrollo económico. Es verdad que, por ejemplo, en el Perú tiene que haber muchos y muy buenos técnicos en diferentes ámbitos, en la agricultura, en la minería, en la industria, en la informática, etc.; y también se necesita de directivos, de verdaderos empresarios para que puedan mover una empresa o una industria, que nos es tan necesaria o elemental para una producción y un crecimiento real y sostenido.

Sin embargo, ni técnicos, ni empresarios pueden ni deben jubilar su inteligencia, sino que tendrían que acceder, más pronto o más tarde, de algún modo, y en la medida de sus posibilidades a un conocimiento superior y cada vez más profundo de la realidad. Por otra parte, una filosofía de la economía peruana que integre todos los elementos pertinentes, también los de la economía mundial, sería de mucha ayuda para nuestro país.

Decíamos entonces que la filosofía no está reñida con la actividad práctica cuando ésta no se transforma en activismo, porque entonces se haría imposible la admiración que es lo que da origen a la actividad filosófica. Otra condición, para que pueda darse la admiración y poseer la verdad, es tener un espíritu esforzado, que no se haya instalado en la comodidad. No sólo el activismo, las prisas, impiden el filosofar, sino también el

hedonismo, la vida cómoda, sin nervio, sin tensión hacia lo valioso, que generalmente es costoso.

Tampoco en este requerimiento nos favorece el ambiente actualmente, ya que junto con el activismo se magnifica lo fácil y placentero. Cada vez se trata por todos los medios de ahorrar esfuerzos, pero si uno se descuida se puede ablandar con esa ley del mínimo esfuerzo.

Si nos dejamos hacer las cosas, si no nos esforzamos por nada que sea verdaderamente valioso, nos desvitalizamos y entonces nos hacemos cada vez más incapaces de él y también de la esperanza; ya que nos acostumbramos a los resultados rápidos, inmediatos, cerrándonos el camino a la esperanza, que comporta precisamente el llevar entre manos tareas de largo plazo.

Es importante el esfuerzo sostenido para poder filosofar. Es posible que en más de una ocasión uno tenga que esperar un tiempo para comprender alguna realidad, inclusive a veces puede sentirse uno algo tonto si se trata de algo nuevo, (precisamente una prueba de que realmente esta investigando), pero si se persevera siempre se consigue alcanzarla. Como no es fácil encontrarse con la verdad hay que estar atentos cuando se vislumbra algo de ella, porque la verdad no suele exhibirse, se basta a sí misma.

Por tanto, el filosofar requiere, de parte nuestra, una cierta disposición interior. Ya hemos señalado que requiere de capacidad de esfuerzo, de pregunta, de contemplación, de humildad, y de modo especial exige que se valore la verdad, que uno esté dispuesto a no dar cabida a la mentira dentro de uno mismo. Es difícil no convivir con la mentira. A veces, vivir en la verdad puede costarnos algunas cosas, ciertas ventajas, el aprecio de algunas personas, incomprensiones, negarnos un cierto tipo de satisfacciones y también se pueden perder algunas prebendas o inclusive hasta de status. Y sin embargo, nada hay comparable a la verdad.

La mentira se puede meter en la propia vida, en lo que se hace y en lo que se dice. Hay quien tiene posturas ambiguas respecto a la verdad, se puede dar una apariencia por fuera y ser muy distinto lo que se lleva dentro, se puede fingir hacer algo por un motivo cuando en realidad es por otro motivo oculto, es posible manipular a los otros, o dejarse manipular por ellos, bailar al son de sus trompetas, darles todos sus caprichos sin importar si son buenos para ellos, toda una vida hecha mentira, buscando sólo el interés particular; también son abundantes las mentiras prácticas cuando se engaña con un trabajo mal hecho, cuando se "promete"

demasiado con un producto mal hecho, no entregado a tiempo, etc.

Si nos enfrentamos con la mentira dentro de nosotros, si empezamos por no engañarnos a nosotros mismos, si ponemos todos los esfuerzos para no vivir en la mentira, entonces reconoceremos la falsedad a leguas de distancia, la rechazaremos y la verdad tendrá cabida en nosotros. Si queremos acceder a la sabiduría tendría que repugnarnos la mentira, inclusive físicamente, tendríamos que ser incapaces de soportar la falsedad.

No podemos convivir con la mentira, aunque haya mucha presión por dentro y por fuera. Cuando veamos que lo falso quiere entrar, o ha entrado, en nosotros, no vacilemos en hacer los mayores sacrificios por evitarlo, sacarlo o por alejarlo. Tenemos que estar dispuestos a rectificar. A veces, debemos decir por ejemplo: "Perdona, eso que te dije antes no era exacto, la verdad es tal".

No faltarán ocasiones de ser falsos, tentaciones de envolvernos en el engaño, situaciones ficticias o perjudiciales, compensaciones engañosas; también a veces puede parecernos que hemos perdido "oportunidades" o beneficios personales por haber pretendido decir o defender la verdad. Sin embargo, no es tal, ya que la verdadera pérdida es la de la verdad y la real ganancia es un alma entera, una mirada limpia, verdadera. A los jóvenes que les suele entusiasmar la autenticidad tienen en este programa una hermosa tarea que acometer.

3. El encuentro con la verdad. Importancia.

Es difícil expresar con palabras este gran acontecimiento que es el encuentro con la verdad. Tal hallazgo es el encuentro con lo permanente que se hace inolvidable. Precisamente, en su origen, la palabra verdad se denomina *a-letheia*. La palabra *lethos* significa olvido y la palabra *a-letheia* significa sin olvido. Y esto es justamente porque cuando uno se encuentra con la verdad, uno se encuentra con lo que permanece, y entonces ya no se puede olvidarlo jamás. El encuentro con la verdad es el gran acontecimiento en la vida de las personas, y quienes lo haya tenido es muy afortunado, porque sin verdad no es posible vivir como persona.

¿Cómo se encuentra la verdad?. En el camino de la vida hay muchos modos de encontrarla. Se la puede encontrar en el arte,

en las matemáticas, en ciencias como la medicina, la economía, en la política, etc. Hay quienes la han encontrado en la música, otros desarrollando un problema matemático, cuando se dan cuenta que siguiendo tal proceso, tal planteamiento ¡sale la respuesta! y uno dice admirado: ¡esto es verdad!, ¡esto es necesariamente así y no de otra manera!

También se puede encontrar la verdad en una persona. Cuando uno tiene la inmensa fortuna de encontrarse con una persona que tiene gran riqueza en su ser, el gozo es inefable. La conmoción no es sólo sensible, involucra todas nuestras potencias o facultades. A partir de ese encuentro nuestra vida ya no es la misma. Cuando uno se encuentra con una persona verdadera la propia vida queda iluminada con la verdad de aquella otra persona, se queda uno deslumbrado.

La vida se ve gozosamente transformada. Se podría decir que se empieza una vida nueva. Antes de conocer a aquella persona no hay antes, la vida anterior no es verdadera vida, aparece pobre y oscura ante el resplandor de la novedad, de la verdad, de aquella persona. Se da inicio a una vida nueva. Se empieza a vivir más plenamente, y entonces no hay pasado, ni dolor, que merezcan recordarse.

Gracias a la verdad que aquella persona, a los nuevos horizontes que nos hace vislumbrar, a aquellas insospechadas dimensiones a las que nos abre, podemos aprender que nuestra vida puede ser de otra manera, mucho mejor que antes y por eso ya no se le puede olvidar jamás. Nuestra vida se ve entonces enriquecida. En las distintas circunstancias nos basta con pensar en esa persona, en su vida, en lo que hace y el modo como lo hace, para ser felices.

Cuando encontramos la verdad en una persona, podemos acceder a una revelación muy personal. Ante nosotros aparece imponente la sabiduría, la bondad, la pureza de alma, y a uno le parece como si de pronto los sueños, los ideales, se han hecho realidad, que eso que se creía imposible o difícil de pronto está ahí delante de nosotros. Uno se da cuenta de que es posible vivir así, en esas dimensiones, con ese ritmo interior, con esa intensidad. Al conocerle se puede exclamar ¡qué bueno que existas!, ¡Es tanto lo que me revelas! ¡Me es necesaria un poco de tu luz, de tu verdad, de tu bondad!, y uno se centra en aquella persona, en quien encuentra puntos de referencia seguros. Esto indudablemente sucede de modo muy intenso cuando uno descubre a la persona divina, a Dios.

Lo mismo ocurre con el encuentro de la verdad en la filosofía. Se produce entonces un deslumbramiento, un gozo que llena toda la vida. Porque la verdad de aquel conocimiento, de aquella ciencia, como en el caso del encuentro con la verdad de una persona, iluminan la vida de modo nuevo; debido a que es tal la riqueza de su contenido que de alguna manera "marca" la propia existencia.

Desde entonces la verdad encomienda una tarea, supone compromiso, la de proseguir descubriéndola y dándola a conocer en la medida de lo posible. Habíamos señalado antes que cuando uno se encuentra con la verdad y se da cuenta de que hasta entonces su pobre vida había transcurrido sin saber que existía aquello, entonces esa verdad, esa persona se le hace inolvidable. Desde ese momento en adelante no queda más que comprometerse con ella. Así, el matemático se compromete con su ciencia y se entrega a ella; igualmente le sucede al médico, al filósofo, etc. Ya no se puede vivir sin progresar en ese conocimiento. Algo semejante ocurre con el descubrimiento de la verdad en una persona. Sucede un *kairós* especial en la historia de la vida personal que hace que se marque la vida de modo definitivo. La tarea que a partir de entonces se sigue es profundizar en esa verdad y tratar de decirla. La vida adquiere un sentido hasta entonces desconocido. Alguna vez ocurre este acontecimiento: ¡es el gran encuentro con la verdad! Si no se ha tenido nunca esta experiencia es difícil entender hasta qué punto es importante.

Sin verdad se vive a tientas, dando palos a ciego, sin saber de qué va la vida, ni los sucesos, la existencia y el ser de la realidad. No es propiamente una vida. Sin verdad, nuestra vida queda en la oscuridad, o en la rutina, y siempre a expensas de la mentira. Mala señal si ante la verdad respondemos con una burla cínica, o secundamos aquellos versos de: "Nada es verdad, nada es mentira, todo es del color del cristal con que se mira". Normalmente, con esa expresión se pretende justificar la mentira o superficialidad en la que se vive. Para reconocer la verdad es necesario tener la mirada limpia, y el corazón entero. Pilatos se hizo esa pregunta: "y ¿qué es la verdad? precisamente cuando la tenía delante, y no la reconoció, le dio la espalda.

En estos tiempos donde hay mucha carencia de verdad, no solamente en la vida personal sino social es muy necesario, es urgente, que nos propongamos descubrirla, con esfuerzo y con la promesa de que más pronto o más tarde aparecerá ante nosotros de modo ya para siempre esplendoroso. Es importante encontrar

la verdad y darla a conocer, a pesar de que ello conlleve esfuerzo, penas, e incluso desprecios, o calumnias. El gozo de la verdad no es comparable al esfuerzo en poseerla.

Es importante la presencia de la verdad en el trabajo que hacemos, en las actividades que desempeñamos, y en las grandes cuestiones que interpelan al hombre de hoy: el valor de la vida humana, la familia, la vida conyugal, la sexualidad humana, la amistad, la economía, la vida en sociedad, etc.

Aquellas son verdades permanentes porque atañen a la esencia del ser humano, la cual las "reclama". Sin verdad, se falsean las cosas, pero este atropello tiene un precio demasiado alto: la unión conyugal se desvirtúa, la amistad se hace interesada, la relaciones personales se someten a manipulación, el amor deviene en amoríos, el crecimiento económico es ficticio, etc. En definitiva, un hombre sin verdad no es digno, se encuentra a merced de sí mismo o de otros intereses, en cambio "la verdad nos hará libres".

A partir del encuentro con la verdad la vida empieza a tener sentido y no se puede ya vivir sino tratando de progresar en la verdad, en su conocimiento, en su comunicación. Es necesario vivir esta experiencia, para saberlo. En la actualidad, en que la gente se ve atraída por el afán de experiencias, bien podría hacer la experiencia del encuentro con la verdad, si hasta el momento no ha tenido la suerte de tenerla.

Si buscamos la verdad en nuestra vida, en lo que hacemos, si tenemos el gozo de encontrarla, la amaremos, nos comprometeremos con ella, tendremos esperanza y el camino abierto hacia el futuro, progresaremos en su descubrimiento, entonces la difundiremos, comprometiendo los mejores esfuerzos para que la verdad no se "pare".

Con todo lo que llevamos diciendo podemos ver qué importante es el filosofar, cuál es su finalidad y sentido. La actividad filosófica es un modo de alcanzar la verdad, la cual es muy necesaria en la vida humana, y es capaz de constituir el entramado de toda una vida. Sin verdad el hombre no es propiamente persona. Una persona sin verdad no tiene una vida con dignidad, ni con continuidad, ni con sentido.

A menudo se ha dicho que la filosofía no sirve para nada, que no tiene una utilidad práctica. Un verdadero filósofo jamás verá esto como una afrenta, ni siquiera se sentirá herido por ello, y si lo hace es que no es un filósofo. La filosofía no tiene una

utilidad práctica porque lo útil es un medio y la filosofía no es un medio, sino un fin. La filosofía, la verdad, se basta a sí misma.

Sin embargo, de modo secundario la filosofía ayuda a esclarecer la realidad y al hacerlo sustenta a la vida práctica. Por ejemplo, es muy gratificante saber iluminar la verdad en una situación, en un problema, en un proyecto, en una institución, etc. Entonces se encuentra una especial satisfacción, cuando se comprueba que esas adquisiciones son útiles para aligerar la vida de los demás.

Más de una vez, el filósofo ha podido experimentar, en las personas que le rodean, la perplejidad, la falta de salida en problemas muy humanos; quizá lo que está en su mano, y no es poco, es ayudar a que las personas se aclaren. Ver el meollo de los problemas, saber el por qué de ellos, eso es de gran "utilidad". Cuando los problemas son complejos no valen las respuestas fáciles y hay que generar soluciones del tamaño de los problemas que se acometen, ajustadas a ellos.

Decíamos que ayudar a aclararse es un gran bien, porque el hombre sin aclararse es muy desgraciado, y en lo más profundo de su ser surge la pregunta: ¿por qué? ¿qué me sucede? Esto se hace más urgente en nuestro tiempo, de lo contrario cunde la desorientación. Como decíamos, es conocida la frase de que en esta nuestra época lo que nos pasa es que no sabemos lo que nos pasa. Sin embargo, la filosofía es precisamente la que contribuye a salir de aquel estado de perplejidad.

4. El esplendor de la sabiduría.

Hemos visto hasta ahora que la filosofía es el amor a la sabiduría y nos hemos detenido en apenas los comienzos del gran camino que es la adquisición de la sabiduría: en el encuentro con la verdad. Luego, hemos visto a grandes rasgos lo que es el saber filosófico como un saber de la totalidad de la realidad, por sus causas más profundas, adquirido por la luz de la razón.

Hemos señalado, así mismo, que el camino de la sabiduría es largo y lleva a desplegar toda una actividad que arranca con la admiración y aspira a ir paulatinamente adquiriendo la sabiduría.

Ya desde la antigüedad, se tenía nociones de la sabiduría. Así tenemos la definición que de ella da Aristóteles en su Metafísica. Según ésta la sabiduría es un conocimiento profundo, que va hacia las causas: "Nosotros estimamos que en toda

empresa los arquitectos son más sabios que los obreros manuales, porque conocen las razones del trabajo, mientras que los últimos trabajan sin saber lo que hacen. No es la habilidad práctica la que hace ser más sabio, sino *la comprensión y el conocimiento* de las causas" [4] .

Sin embargo, la definición formal que Aristóteles da de la sabiduría se encuentra en el libro VI de la Ética a Nicómaco. Allí se entiende la sabiduría como un hábito, es decir, como una disposición del espíritu, de una virtud intelectual. Se trata de un hábito que el hombre adquiere (los hábitos pueden ser innatos o adquiridos por el ejercicio) en su inteligencia.

¿Y cómo se adquiere este hábito de la sabiduría? La sabiduría es la consideración de las causas primeras. Sólo considerando esas causas tan radicales es posible adquirir la sabiduría. Lo específico del ser humano, lo que le diferencia de otros vivientes, es su naturaleza racional. Según esta facultad el hombre puede tener virtudes intelectuales, de acuerdo con los actos intelectuales que realice. Estos actos intelectuales tienen su correspondiente hábito o virtud.

Así, el hombre gracias al ejercicio de sus actos intelectuales, puede adquirir las siguientes virtudes: la sabiduría, el entendimiento, la ciencia, el arte y la prudencia. Cada una de ellas es diferentes. Como se sabe, el intelecto humano puede ser tanto teórico como práctico, ya que se puede aplicar a las esencias abstractas, ideas teóricas (sabiduría teórica), o se puede aplicar a los asuntos concretos y prácticos (sabiduría práctica).

Aquellas cinco virtudes se distribuyen, pues, en dos grupos. Entendimiento, ciencia y sabiduría conciernen a la función teórica del espíritu, al intelecto especulativo, como dice santo Tomás, es decir que perfeccionan el espíritu en cuanto éste conoce simplemente. Arte y prudencia, en cambio, conciernen a su función práctica, al intelecto práctico, al cual perfeccionan en cuanto que aquel dirige la actividad del hombre.

El entendimiento (como hábito, no como facultad) es el conocimiento de los primeros principios de la demostración, principios que son indemostrables. La ciencia es el conocimiento de las conclusiones, de la demostración, es decir, el conocimiento de las verdades demostradas. El arte (literalmente, la técnica) es la aplicación de la razón a la fabricación de objetos, en pocas palabras, es la razón aplicada sobre lo factible, por eso sigue unas

---

[4] ARISTÓTELES, Metafísica, I, 1

pautas, unos procedimientos, unas reglas concretas. La prudencia es la aplicación de la razón a la dirección de los actos humanos, del obrar humano.

Consideremos ahora con mayor atención la sabiduría teórica. Encontraremos aquí todos los rasgos indicados más arriba, pero en una síntesis en la que cada uno ocupa su lugar y es, de algún modo, deducido. Porque el primer rasgo de la sabiduría, el único verdaderamente esencial, consiste en que la sabiduría teórica tiene por objeto las causas primeras.

Así pues, la sabiduría filosófica será en primer y principalísimo lugar la sabiduría teórica, que no se propone ninguna aplicación práctica, ninguna utilidad. Es, como diríamos hoy, desinteresada. Lo que no es obstáculo, claro está, para que la sabiduría proporcione un gozo inmenso, la alegría de conocer, de comprender, considerado por Aristóteles como el bien supremo del hombre.

La sabiduría supone unos grados en su posesión. Es posible distinguir una sabiduría pura y unas sabidurías relativas, lo que se suele llamar una filosofía primera y unas filosofías segundas. Estas últimas consideran las causas primeras pero no en sí mismas sino dentro de un ámbito determinado: la naturaleza, la vida. En cambio la sabiduría pura es un saber sobre las propias causas primeras, y sobre los principios absolutamente radicales y universales.

La sabiduría es también ciencia, puesto que la ciencia es el conocimiento de verdades a las que se llega por demostración a partir de unos principios: la sabiduría filosófica añade a la ciencia la característica de versar sobre los mismos principios y juzgar sobre todas las cosas.

La filosofía se ocupa de un tipo de causas: de las causas últimas de toda la realidad. La sabiduría más excelente en el plano teórico natural es la que se obtiene en la filosofía, a través de la metafísica, la antropología y la Teología natural. Esto es así debido a que los conocimientos más radicales son precisamente los que se refieren al universo (Metafísica), al ser humano (Antropología) y a Dios (Teología natural). Sin embargo, también existe una sabiduría sobrenatural, la que se fundamenta en la Revelación y que se alcanza por la fe sobrenatural.

En consonancia con lo que llevamos diciendo, y siguiendo la tradición aristotélica, se puede definir al sabio como aquel que posee las siguientes características:

1. Posee la ciencia de todas las cosas, sin que para ello sea necesario que conozca cada cosa en concreto, que por lo demás es imposible y menos en el momento actual.
2. Logra el conocimiento de cosas difíciles por medio de la penetración de su inteligencia. La agudeza es el golpe de vista, la comprensión sintética, profunda de la realidad.
3. Es capaz de hallar las causas en toda cuestión estudiada, y, en consecuencia, ser capaz de enseñarla.
4. Busca el saber por sí mismo, y no por sus resultados prácticos.
5. Es capaz de ordenar la realidad y los demás saberes y actividades.

De todos estos rasgos se puede concluir que sabio es aquel que conoce todas las cosas, incluso aquellas difíciles, por sus causas últimas y de manera cierta, que busca el saber por sí mismo y que ordena a los demás. Con todo, ésta es sólo una simple descripción de la sabiduría.

La sabiduría tiene gran importancia para ordenar la vida humana a su fin. La ignorancia es causa de diversos obstáculos que impide conducirse adecuadamente en la vida. La sabiduría no basta para hacer al hombre bueno moralmente, pero facilita notablemente conseguir la rectitud moral y, con ella, la felicidad.

Existe una gran dependencia entre la sabiduría, la prudencia y la virtud moral, de manera que no hay rectitud en el obrar si no hay prudencia, y ésta no existe si no se conocen los primeros principios, y no hay virtud moral sin prudencia.

De modo especial es necesaria la sabiduría en el cultivo de las ciencias particulares. Éstas no siempre interfieren con las disposiciones morales del sujeto, por ejemplo, en las demostraciones matemáticas o de la física matemática, o muchos aspectos de la sociología o la historia; sin embargo, cuando se estudian problemas que tienen repercusiones sobre la actitud ante la vida, la objetividad en la ciencia dependerá también de las disposiciones subjetivas.

Puede darse, por tanto, una ignorancia revestida de ropaje científico, que lleva a defender lo que coincide con las preferencias personales más allá de lo permitido por las razones objetivas. Esa ignorancia pseudo-científica es un obstáculo serio para llegar a una

visión objetiva de la realidad y, por tanto, a la verdadera sabiduría teórica y moral.

Por ejemplo, un psicólogo que tenga una visión materialista de la realidad, tenderá a ver la conducta humana de modo determinista, lo cual supone violentar la realidad del hombre, y no es una actitud científica. Es fácil advertir que, en estos casos y otros análogos, la verdadera sabiduría facilita una actitud libre y objetiva, ayudando a descubrir los errores de los reduccionismos.

Cuando se trata directamente de la sabiduría, el ser humano se encuentra aún más comprometido. Por eso, la ignorancia y el error en estas materias tienen estrecha relación con la rectitud moral del sujeto. El conocimiento acerca de las verdades más profundas del universo, de la persona humana, de Dios, exige una voluntad recta que busque sinceramente el bien sin dejarse arrastrar por las preferencias arbitrarias.

Por eso, el buen ejercicio de la libertad humana desempeña una función importante en el progreso del conocimiento sapiencial, que se refiere a las causas últimas y juzga y ordena los demás conocimientos. Según Aristóteles no se puede ejercer la prudencia, tan necesaria en la política, si el sujeto se deja llevar por las pasiones.

LECTURA N.2

LA ADMIRACIÓN COMO COMIENZO DE LA FILOSOFÍA

"La filosofía es el amor a la verdad, la búsqueda de la verdad. La filosofía se ocupa de la verdad de modo global, sin restricciones. Lleva consigo una actitud sin la cual el amor a la verdad no aparecería o estaría conmocionado por otros intereses; el amor a la verdad tiene que ser sincero, auténtico.

La filosofía resulta signo de paranoia para algunos: ocuparse de lo que no existe. ¿Qué es la verdad?. Es la pregunta de Pilato. Era un escéptico y sucumbió a la componenda, tuvo miedo de la turba y ganó una tranquilidad falsa. Encontrarse con la verdad puede acontecer de muchas maneras. En cualquier caso, si no tiene lugar el encuentro con la verdad, no hay libertad, porque entonces no hay encargo posible, no hay tarea asumible. La que encarga es la verdad. Uno puede encontrarse con la verdad de un modo global: no es la verdad de esto o lo otro, sino en esto o lo

otro descubrir la verdad como tal. Y entonces se llega a decir: la he encontrado, pero todavía no la he enunciado. La verdad encarga ante todo la tarea de pensar, la inteligencia tiene que ponerse en marcha para ver si puede articular un discurso que esté de acuerdo con la verdad.(...)

Hegel decía de sí mismo que era un desgraciado porque estaba dominado por un incontenible afán de verdad. En rigor, le faltaba esperanza. La afirmación de Hegel es una interpretación patética de la filosofía (Hegel debió experimentar fuertes contrariedades). En cualquier caso, se ha de recomendar paciencia; hay que tener en cuenta el tiempo necesario para ir madurando y combinar, en dosis variables según la edad, el estudio y la propia indagación.

Con todo, tampoco es recomendable una actitud tan exagerada como la de Kierkegaard, un gran filósofo romántico. Kierkegaard concede a la decisión un gran valor, pero dice que si se tarda en ponerla en marcha, pierde todo su fervor. Kierkegaard es demasiado exigente. Es la suya una autenticidad caricaturesca, ilustrativa, sorprendente, pero irrealizable. Ambas actitudes, la de Hegel y la de Kierkegaard, comportan crispación. No, la verdad es alegre, porque es preferible a cualquier otro objetivo vital, y reclama sinceridad de vida, búsqueda. Conviene empezar de una buena vez sin prisas; importa no ser escéptico, no renunciar a la tarea de buscarla y servirla, por más que parezca utópico o inalcanzable. Buscar la verdad lleva consigo ser fiel a ella, no admitir la mentira en uno mismo.

Los filósofos clásicos consideraron que la admiración despierta la filosofía. La admiración tiene que ver con la ingenuidad: el filósofo se admira sin condiciones ni resabios. Con todo, la filosofía no es tan antigua como la humanidad, sino que surge de modo abrupto: en un momento determinado se desató la admiración en algunos hombres. La admiración no es la posesión de la verdad, sino su inicio. El que no admira, no se pone en marcha, no sale al encuentro de la verdad.

Sin embargo, la admiración es más que un sentimiento. Intentaré describirla. Ante todo, es súbita: de pronto me encuentro desconcertado ante la realidad que se me aparece, inabarcada, en toda su amplitud. Hay entonces como una incitación. La admiración tiene que ver con el asombro, con la apreciación de la novedad: el origen de la filosofía es algo así como un estreno. A ese estreno se añade el ponerse a investigar aquello que la admiración presenta como todavía no sabido.

En nuestra época parecemos acostumbrados a todo: no nos damos cuenta de cuán espléndido es lo nuevo. Asistimos a muchos cambios; sin embargo, sólo son cambios de modos: este sentido de lo nuevo tiene que ver con lo caleidoscópico: no son novedades reales, sino recombinaciones. Hoy se arbitran múltiples procedimientos para llamar la atención de la gente, para que el público pique. La propaganda de una conocida bebida, por ejemplo, pretende llamar la atención con un reclamo: "la chispa de la vida". Estamos solicitados por muchos estímulos, por muchas llamadas vertidas en los trucos publicitarios. También los políticos tienen un asesor de imagen, porque no es fácil que un político salga bien en la TV.

La admiración no tiene nada que ver con esto. No es el llamar la atención utilizando procedimientos propagandísticos. No es una cuestión de imagen. La admiración no es la fascinación. Fascinada, la persona es manejada por intereses ajenos y particulares, pero la filosofía es una actividad del hombre libre: los filósofos han descubierto la libertad, porque para ser amante de la verdad uno tiene que ponerse en marcha desde dentro, ser activo. Ante la publicidad uno es pasivo: con ella se intenta motivar e inducir. La admiración es el despertar del sueño, de la divagatoria, pues desde ella se activa el pensar: poner en marcha el pensar es filosofar. La filosofía es un modo de recordar al hombre su dignidad, es uno de los grandes cauces por los que el hombre da cuenta de que existe. Los grandes filósofos han sido humanistas.

La filosofía tiene una importancia histórica extraordinaria. Antes de la filosofía, los pueblos viven prisioneros de un cauce inmemorial. Hegel lo dice de un modo excesivo: un pueblo sin filosofía es un "pequeño monstruo" despistado, extrañado. Lo extraño ha de conjurarse, obliga a ejercer un poder que lo domine. Ese dominio exige el empleo de recursos, que son muy variados. Cuando esos recursos son nobles, acontece lo que se llama civilizar, colonizar. Los pueblos sin filosofía, o los que la han olvidado, no son estériles, pero, a lo sumo, alcanzan a civilizar, a superar su desconcierto ante el cosmos imponiendo la impronta humana a lo extraño. La filosofía pone al hombre ante algo insospechado, pero no ajeno. La filosofía reclama una actividad muy intensa, pues la verdad no se deja domesticar, sino que su encuentro con el hombre lo dignifica. La verdad no obedece a conjuros. Por eso, para salir a su encuentro hay que partir de la admiración.

La admiración es el inicio del filosofar, la primera situación en que se encuentra el que será filósofo. Insisto, quizá no resulte

fácil admirarse en nuestros días porque estamos bombardeados con todo tipo de solicitaciones "civilizadas" que reclaman nuestra atención; esos bombardeos pueden aturdir o dejarle a uno insensible. Porque una cosa es civilizar y otra dejarse civilizar: esto último vuelve a provocar la extrañeza o conduce a abdicar ante un dominio excesivo. En la época del triunfo de la publicidad hablar de la admiración exige ciertas precisiones. Casi siempre, lo que se nos pide hoy no es admiración, sino una especie de suspensión estática del ánimo, algo así como lo que pude ver hace poco en una fotografía del periódico: unas personas que estaban mirando un equipo de fútbol con cara de que se les hubiera aparecido un ser sobrenatural. La admiración es menos pretenciosa. Cuando se admira no aparece lo brillante, sino un resplandor todavía impreciso. Intentaré describirlo para que por lo menos se caiga en la cuenta de cómo fue seguramente el primer momento de la filosofía (una actitud que, por otra parte, se ha repetido muchas veces). Aristóteles, que estaba muy cerca del origen de la filosofía y conocía muy bien a los filósofos que le habían precedido, sostiene que de la admiración arranca el filosofar.

Ya digo que cuando se reclama nuestra atención en términos propagandísticos, se lleva a cabo una exhibición. Pero eso no es propio de la admiración. En ella la excelencia no se exhibe, sino que más bien se oculta. Admirarse es como presentir o adivinar: un anticipo, no débil sino pregnante, pero sin palabras. Y, además, tampoco saca de sí (el entusiasmo platónico es posterior a la admiración). No es una iniciación al éxtasis. El extático es el que se queda como alelado, y sólo sabe salir de sí (*ex-stare*); es una especie de emigrante a otra cosa. En cierto modo, se trata de un desarrollo de la admiración, pero no completo, sino unilateral; la admiración no es sólo una invitación a ir por algo, sino a erguirse.

Ese carácter indeterminado que tiene la admiración se refiere tanto al objeto como a uno mismo, a los propios resortes que tendrían que responder a lo admirable, pero sin acertar a saber todavía cómo. Hay una imprecisión en la admiración que hace difícil su descripción psicológica (quizá la admiración no sea un tema psicológico, porque es doblemente indeterminada). Hay una clara ignorancia ante lo admirable o admirado, que no se muestra patentemente, pero a su vez, tampoco el hombre sabe qué recursos humanos debe poner en marcha para penetrar o hacerse cargo de lo admirable. Ahora bien, esa indeterminación no comporta inseguridad, sino todo lo contrario. Lo que no comporta es certeza. Esta distinción es sumamente importante.

(...) Así pues, admirarse es dejar en suspenso el transcurso de la vida ordinaria: ésta es su consideración estática. Por tanto, esa expresión hegeliana –que traduzco como "exención de supuestos"– se podría entender sin más como puro comienzo. El ser en el comienzo no se dice de nada, ni nada se dice de él. Tampoco la admiración: lo admirable no es un predicado ni admite predicados. Y eso quiere decir que es una situación sin precedentes: no pertenece a un proceso. Cuando uno se admira es como si "cayera" en la admiración (estoy hablando, insisto, de la admiración filosófica). La admiración se experimenta por primera vez: antes de admirarse uno no sabía que se pudiera admirar. Por eso, la filosofía tiene en su origen un carácter subitáneo: se cae en la filosofía como cayendo en lo que no se había sospechado; la precedente actividad civilizadora todavía no permitía instalarse en la admiración. El origen de la filosofía no tiene precedentes en sentido propio: eso es admirarse.

Algunos autores han dado de la admiración una interpretación patética. No es asunto fácil. En la admiración Sócrates notaba la pura insipiencia que permite la ironía (cuya interpretación patética es el desprecio de los cínicos a la civilización) y según Nicolás de Cusa la docta ignorancia. Cuando uno se admira su atención se concentra en "eso" de lo cual se admira y que aún no se conoce. Sabe, entonces, que todo lo demás no vale. Es la distinción entre lo admirable y lo prosaico. Por eso, el filósofo empieza separándose del mundo empírico. Esa separación obedece al mismo carácter insospechable de la admiración. La admiración es como un milagro: de pronto se encuentra uno admirando.

(...) En cualquier caso, la filosofía no tiene sucedáneos. Después, si se conoce la filosofía, puede uno ocuparse de muchos asuntos, pero, de entrada, es menester el caer en la admiración. ¿La imposibilidad de predicar, de usar, es lo enteramente previo? ¿Lo es la situación que los modernos llaman a priori? ¿O lo que Descartes llama duda universal?.

Los griegos enfocaron este asunto de un modo más sencillo: no trataron de delimitar con la filosofía o dentro de ella el tema de la admiración, sino que lo descubrieron sin más y sólo por ello se pusieron a filosofar. Esto permite notar que la admiración lleva consigo un descubrimiento inicial –y me parece que esto es lo más importante que ocurrió en Grecia–: se cae en la cuenta de que no hay sólo procesos. Y eso de más ¿qué es?. Realmente es lo único que despierta la admiración. La admiración se estrena sin razón antecedente: no está preparada por nada. Pero la ausencia

de proceso ¿qué es? ¿Qué es lo admirable? Lo estable, o si quieren, la quietud. Dicho más rápidamente: lo intemporal.

Caer en la admiración es caer en la cuenta de que no sólo entra en juego el tiempo: al admirarse se vislumbra lo extra temporal, lo actual. Esto es lo que tiene de acicate la admiración. La concepción griega destacó algo que no está tan claro en Hegel y menos en Heidegger (por otra parte, Hegel pretende el saber absoluto de lo absoluto, lo cual, como dije, no es la filosofía). No sólo existe el movimiento, no sólo existe el tiempo, no todo es evento, proceso, sino que se da, hay, lo actual, lo que no está surcado por ninguna inquietud. Para Hegel el proceso es la inquietud. Con la admiración la filosofía advierte lo estable. ¿Es poco descubrimiento?. No es un descubrimiento acabado, pero caer en la cuenta de que no todo pasa, no todo fluye, que no todo es efímero, eso es admirar. La admiración solamente es posible si hay algo que se mantiene, y por eso es subitánea, no está preparada temporalmente. Lo temporal no es admirable; porque nos trae azancanados y nos gasta, es el reino del gasto. La admiración nos libra del imperio tiránico del tiempo: lo más primario no es temporal.

Esto constituye el centro de la admiración y lo que tiene de milagro. Lo prodigioso es que no haya sólo tiempo. Desde que el hombre nace, sus vivencias están trenzadas y vertidas en la temporalidad. El saber práctico es temporal, se refiere a lo contingente, a lo que puede ser de una manera o de otra. También lo proposicional tiene que ver con el tiempo, porque el perro blanco puede dejar de ser blanco y además ha empezado a serlo.

En suma, la filosofía empieza por el descubrimiento de lo intemporal. La filosofía sólo puede empezar admirando. Pero con ello sólo empieza; después vienen las formulaciones y las aporías. La filosofía no es un acontecimiento histórico que tuvo lugar una vez en Grecia, en las costas espléndidas del mar Egeo; no, la filosofía surge según el acontecimiento de la admiración: unos hombres cayeron en la cuenta de que no sólo hay tiempo. Esto tiene el carácter de un acicate para saber más.

La averiguación de lo intemporal no es de poca monta, y sólo quien se ha admirado lo sabe; si no, puede que lo haya oído, pero no lo sabe. ¡Qué cosa más sorprendente que la existencia humana, de pronto, se enciende como una luz lo intemporal! El hombre se puede parar, porque admirarse es pararse. ¿Cómo es posible que el hombre se pare si su existencia fluye temporalmente? Y sin embargo, en algunos hombres ha acontecido la admiración; han caído en la cuenta de que su vida

no sólo transcurre. Esta es la carta fundacional de la filosofía. La filosofía versa sobre cualquier cosa, también sobre el tiempo, pero en su inicio está la admiración, la seguridad de entender esto: ni en la realidad –porque entonces no sería admirable– ni en mí, porque no podría admirarme, la inseguridad es lo único".

POLO, L, Introducción a la Filosofía, Madrid, Rialp, 1994, p. 21-30.

CUESTIONARIO sobre la LECTURA

1. ¿Qué relaciones se pueden establecer entre la verdad y la Filosofía?

2. ¿Cómo influye la publicidad en la capacidad de admirarse que posee el ser humano?

3. ¿En qué sentido la verdad nos hace más libres?

4. Explique cinco características propias de la necesidad de admirarse.

5. ¿Por qué Hegel se refería a los pueblos sin filosofía hablando del "pequeño monstruo"?

6. ¿Cómo se explica la dimensión intemporal de la verdad?